



**LOS
FUNDAMENTOS
CONSERVADORES
DEL ORDEN
LIBERAL**

Daniel J. Mahoney

Traducción y prólogo de Catalina Siles V.

i e s

instituto
de estudios
de la sociedad

LOS FUNDAMENTOS CONSERVADORES DEL ORDEN LIBERAL

Daniel J. Mahoney

Traducción y prólogo de Catalina Siles V.



instituto
de **estudios**
de la **sociedad**

LOS FUNDAMENTOS CONSERVADORES DEL ORDEN LIBERAL

Defendiendo la democracia de sus enemigos modernos y sus amigos inmoderados

Daniel J. Mahoney

The conservative foundations of the liberal order, de Daniel J. Mahoney

© Daniel J. Mahoney, 2010

De la presente edición

© Instituto de Estudios de la Sociedad, 2015

De la traducción y del prólogo

© Catalina Siles Valenzuela

Primera edición en inglés, 2011

Primera edición en español, septiembre 2015

Instituto de Estudios de la Sociedad

Dirección de Publicaciones

Teléfonos (56-2) 2321 7792 / 99

Nuestra Señora de los Ángeles 175

Las Condes, Santiago, Chile

www.ieschile.cl

1000 ejemplares

ISBN: 978-956-8639-25-9

Diseño de interior y de portada: Huemul Estudio

Impresión: Andros Impresores

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de recuperación o de almacenamiento de información— sin la expresa autorización del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES).

LOS FUNDAMENTOS CONSERVADORES DEL ORDEN LIBERAL

DEFENDIENDO LA DEMOCRACIA DE SUS
ENEMIGOS MODERNOS Y SUS AMIGOS
INMODERADOS

Daniel J. Mahoney

ÍNDICE

Prólogo a la edición en español	9
Prefacio	19
PARTE I: EL ARTE DE AMAR LA DEMOCRACIA MODERADAMENTE	25
1. Tocqueville y los fundamentos del orden liberal	27
2. Más allá del nihilismo: religión, libertad y el arte de la mediación	47
PARTE II: EL ARTE DE GOBERNAR EN UNA ERA IGUALITARIA	71
3. Tomar en serio la grandeza: el arte de gobernar en una era democrática	73
4. Churchill, sobre la civilización y sus descontentos	87
PARTE III: LA ILUSIÓN DE LA “DEMOCRACIA PURA”	101
5. 1968 y el significado de la democracia	103
6. Conservadurismo, democracia y política exterior	119
PARTE IV: TOTALITARISMO Y TERROR: EL FONDO OSCURO DE LA MODERNIDAD	137
7. La subversión totalitaria de la modernidad: Solzhenitsyn en la autodeificación del hombre y los orígenes de la crisis moderna	139
8. “Demencia moral” y “miseria moral”: el terrorismo como fenómeno político y cultural	151
PARTE V: UN CONSERVADURISMO HUMANO Y MODERADO	167
9. El modelo de Raymond Aron de conservadurismo democrático	169

PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Catalina Siles Valenzuela*

Puede pensarse que, desde un tiempo a esta parte, nuestro modo de enfrentar cierto tipo de problemas tiene algo de reflejo condicionado: ante cualquier dificultad, tendemos a culpar a las ataduras que nos impiden ejercer nuestra autonomía y desplegar nuestros derechos individuales. Desde luego, no todos enfatizan los mismos derechos. Para algunos, es la libertad económica aquello que debe salvaguardarse a todo evento y sin límites —esta es la posición que suele atribuirse a parte de la derecha política—. Para otros —los llamados “progresistas”— parece haber una esfera íntima que no admite ningún criterio que vaya más allá de los deseos del sujeto, y por tanto, no cabe ninguna restricción. Es cierto que ambas posturas suelen ubicarse en veredas distintas, pero responden a una premisa análoga: la primacía absoluta de la voluntad individual. Así, no es de extrañar que los asuntos comunes pierdan relevancia. Efectivamente, queda poco espacio para lo común en un mundo dominado por las reglas del mercado, los derechos individuales y las políticas de reconocimiento¹. De distintos modos, en todos estos casos se pone el acento en el individuo particular, despojado de referencias al mundo y a los demás.

El libro que ahora presentamos bien puede ser leído como una propuesta alternativa a esa visión, a ratos dominante en todo el ancho de todo nuestro espectro político. Para su autor, hacer de la libertad un dogma irreflexivo amenaza con corroer los fundamentos que hacen posible la libertad misma. Mahoney busca mostrar que ningún liberalismo digno de ese nombre se basta a sí mismo y, por ende, que un proyecto político centrado exclusivamente en la afirmación de la autonomía individual enfrenta dificultades serias para dar razón de la realidad social. Como bien ha señalado Pierre Manent, “tal vez la libertad sea la mejor condición para la acción humana, pero no puede por sí sola proporcionar una finalidad a esa acción”². Por cierto la libertad es una condición necesaria para la vida en común, pero no basta para darles un contenido sustantivo a las

* Historiadora y magister en historia. Investigadora del IES.

1 Manent, Pierre, *Curso de filosofía política* (Buenos Aires: FCE, 2003).

2 Manent, Pierre, “Grandeza y miseria del liberalismo”, *Cuadernos de pensamiento político*, N° 30, abril-junio 2011, 64.

que —según Max Weber— constituyen las preguntas políticas por antonomasia: ¿qué debemos hacer? ¿Cómo debemos vivir?³

La tesis central de Mahoney puede resumirse así: la formulación de la doctrina liberal necesita de una dimensión que él llama conservadora, pues la libertad requiere de ciertos contenidos morales específicos para desplegarse y no quedarse en pura arbitrariedad o capricho. Esto es muy relevante porque —guste o no— vivimos en una era cuyas ideas dominantes provienen, en general, de la tradición liberal: si acaso queremos comprender nuestra propia situación, es imprescindible interrogar seriamente sus fundamentos.

Desde luego, la tesis de Mahoney resulta provocadora, pues generalmente las tradiciones liberal y conservadora se entienden de modo antinómico, aludiendo a la visión más radical, o tal vez más abstracta, de cada una de ellas. Así, se considera que la primera privilegia la libertad y la autonomía, con la consiguiente erosión de las costumbres, tradiciones y sistemas establecidos (que tienden a verse como heterónomos). El deseo de mayor libertad, por tanto, tendería a chocar con las disposiciones conservadoras, porque estas últimas, siguiendo a Anthony Quinton, se caracterizan precisamente por el apego a la tradición, entendida como una cierta reverencia hacia las instituciones y costumbres establecidas, y una hostilidad hacia los cambios revolucionarios⁴. A mayor libertad, se piensa, mayor posibilidad de subvertir la tradición y de provocar cambios abruptos. En este sentido, las diferencias entre ambas corrientes no se reducen a posturas políticas concretas, sino que más bien consisten en disposiciones morales y anímicas contrapuestas. Por lo mismo, a primera vista parece inconcebible afirmar que el liberalismo ha de fundarse en algún tipo de conservadurismo.

La novedad de la tesis de Mahoney se revela nuevamente cuando consideramos otra de las características del conservadurismo descritas por Quinton⁵, a saber, el organicismo. Este concepto describe el hecho de que para la tradición conservadora la sociedad no está compuesta de individuos abstractos, sino de seres sociales, vinculados los unos a los otros por medio de instituciones y aso-

3 Weber, Max, *El político y el científico* (Madrid: Alianza, 1981), 207.

4 Quinton, Anthony, *The Politics of Imperfection* (Londres: Faber and Faber, 1978), 16.

5 Quinton, *The Politics of Imperfection*, 18-22.

ciaciones intermedias que proyectan la naturaleza política del ser humano y le otorgan creencias compartidas con otros. Por el contrario, en una imagen usual del liberalismo, al menos en algunas de sus versiones de raíz contractualista, es posible observar un abierto recelo hacia estas organizaciones intermedias. Hobbes, ícono del liberalismo temprano, lo expresa muy gráficamente: “Las corporaciones, que son como Estados menores en el seno de uno más grande, son como gusanos en las entrañas de un hombre natural”⁶. Kant, por su parte, conceptualiza al sujeto autónomo como uno que se constituye en conformidad con normas universales, independientes de cualquier comunidad particular de pertenencia⁷. Es decir, la libertad pareciera requerir un ser humano capaz de abstraerse de sus relaciones sociales concretas y de las creencias asociadas a ellas.

Visto de esta forma, las diferencias parecen irreconciliables. Pero entonces, ¿cómo podría el liberalismo fundarse, aunque fuera parcialmente, en el conservadurismo? El proyecto de Mahoney busca mostrar que esas aparentes diferencias, si se miran con la debida atención, son menos radicales de lo que parecen. Por de pronto, así se advierte al volver nuestra mirada sobre la democracia moderna, tal vez la contribución más destacada del liberalismo político. Según Mahoney, así como no es posible desconocer las genuinas contribuciones del liberalismo a la democracia moderna, tampoco pueden obviarse las tensiones internas que aquél provoca en la vida democrática cuando su “pasión por la libertad” se radicaliza. Es en esta tensión donde Mahoney encuentra el fundamento para afirmar la compatibilidad del conservadurismo con el liberalismo y, más aún, la necesidad que tiene un régimen basado en la igual libertad y en la participación política de poner atención a las tradiciones y costumbres establecidas.

El actual panorama de las democracias contemporáneas, mal que nos pese, sirve como ejemplo ilustrativo al respecto, en la medida en que la democracia, entendida como régimen político y, sobre todo, como un estilo de vida del hombre moderno, ha tendido a desvincularse de ciertos contenidos morales preservados de algún modo por la tradición conservadora. Para Mahoney, de hecho, el

6 Hobbes, Thomas, *Leviatán* (México DF: FCE, 1980), II, 29, 273.

7 Kant, Immanuel, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (Madrid: Alianza, 2002).

mayor peligro al que se enfrentan las democracias actuales es la búsqueda de una democracia “pura”, entendida como un simple procedimiento de mayorías que identifica la libertad con una total emancipación política, social y cultural. Se trata de una radicalización de la democracia que se aleja, por ejemplo, de autores como Montesquieu, que es quizás uno de los autores que formulan de modo más acabado el proyecto liberal. El liberalismo de Montesquieu, bien vale recordarlo, reconoce abiertamente el valor de tradiciones y costumbres. Sin ir más lejos, en *El espíritu de las leyes*, se habla de “la corrupción de los principios de la democracia”, a saber, igualdad y libertad⁸. Cuando estos se convierten en principios extremos —comenta Schnapper sobre ese capítulo de Montesquieu— la democracia se corrompe; la libertad se convierte en licencia y la igualdad en indistinción⁹.

Este fenómeno es particularmente notorio en cierto liberalismo de carácter progresista que promueve muchas veces a priori reivindicaciones de libertades y derechos sin antes ponderar los demás bienes que están en juego. Este liberalismo filosóficamente progresista va acompañado muchas veces de premisas expresas o no de carácter historicista, según las cuales los cambios sociales deben ser bienvenidos por el solo hecho de su novedad. Apenas hace falta demostrar que valorar de antemano lo nuevo como algo superior a lo antiguo nos somete a una nueva tiranía, la de la inercia de los procesos sociales, mutilando la propia libertad humana de someter al mismo juicio crítico las instituciones vigentes y las propuestas de transformación.

Ello también se observa en las tendencias individualistas, que constituyen quizás una de las dificultades más acuciantes de nuestra modernidad. Como señala Tocqueville —acaso uno de los más profundos observadores de los efectos sociales de la democracia—, ellas “predispone[n] a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a retirarse a solas con su familia y amigos, de modo tal que, después de haberse creado así una sociedad a su disposición, abandona voluntariamente la gran sociedad a su suerte”¹⁰. Este panorama lleva a Mahoney a afirmar que los amigos inmoderados de la democracia son, a fin

8 Montesquieu, *El espíritu de las leyes* (Madrid: Alianza, 2003), libro VII, 2.

9 Schnapper, Dominique, “Relativism”, *Society*, volume 46, Issue 2, marzo 2009, 175-179

10 De Tocqueville, Alexis, *La Democracia en América*, tomo II, II parte, cap. 2.

de cuentas, sus peores enemigos, haciendo suya aquella formidable lección con la que Manent concluye su análisis de Tocqueville: “Para amar la democracia, hay que amarla moderadamente”.

En Chile, por cierto, esa clase de fenómenos parecen manifestarse con creciente intensidad en diversas materias. Por ejemplo, en aquellos que parecieran tener una confianza ciega en el libre mercado y el crecimiento económico a la hora de intentar solucionar los problemas sociales, desconociendo la cara menos amable del “modelo”: enormes desigualdades, segregación, degradación medio ambiental debido al uso indiscriminado de recursos naturales, y tendencia al consumismo, entre otros. Frente a un liberalismo económico completamente autónomo, Mahoney ofrece la visión de Bertrand de Jouvenel —un reputado liberal—, quien cuestiona la idea de que el desarrollo económico venga acompañado necesariamente de un progreso moral. El politólogo y economista francés, en efecto, recordó a sus contemporáneos que la vida buena implicaba algo más que la maximización de las preferencias individuales, preocupación que incluso lo llevó a romper con parte de la corriente liberal de su época, reunida en la Sociedad Mont Pelerin¹¹. En todo caso, otro tanto puede decirse de aquellos que promueven el aborto desde la pura consideración de la autonomía individual, como si ésta fuera siempre y automáticamente superior a cualquier otro bien en juego. De este modo, se intenta erigir la autonomía y los derechos del individuo como dogma absoluto, incluso por sobre la dignidad humana.

Este escenario da cuenta de una de las principales preocupaciones de Ma-

11 “Pese a que compartía su aversión por el intervencionismo estatal y por las peligrosas tendencias que marcaba el Estado de Bienestar, no podía estar de acuerdo con su individualismo, y con el consiguiente descuido que hacían de lo político y de la importancia moral de las acciones comunes”, en Daniel J. Mahoney, *Bertrand de Jouvenel* (Wilmington, Delaware: ISI Books, 2005), 116.

Asimismo, Wilhelm Röpke, uno de los principales exponentes del ordoliberalismo y participe en la fundación de la Sociedad Mont Pelerin, decidió retirarse de ella debido a sus divergencias doctrinarias. Lo que se llamó “The Hunold Affair”. “Existían tres posibles conflictos en estas aspiraciones: seguridad versus progreso, igualdad versus eficiencia y solidaridad versus individualismo. Había algunos en la conferencia, como L. Von Mises, que tomaron una posición libertaria en todos estos temas (...) otros, como Röpke, creían que el sistema competitivo sin controles podría destruir valiosas instituciones humanas”, en Roy Hartwell, *A History of the Mont Pelerin Society* (Indianápolis: Liberty Fund, 1995), 36.

honey: tanto el progresismo como el individualismo, al que tiende un liberalismo sin contrapesos, pueden constituirse en serios obstáculos para el adecuado desarrollo de la vida democrática. En rigor, adoptar la lógica de la maximización de los derechos en forma indiscriminada impide una real deliberación pública, pues al seguir ese camino la argumentación tiende a ser tautológica. En efecto, se intenta imponer una determinada comprensión de las cosas, antes que fundarla en razones de bien público¹². Así, se pretende, tal vez inconscientemente, resolver la vida política pre-políticamente, es decir, zanjando el asunto de antemano a partir de la reivindicación de tal o cual derecho, sin tener en cuenta otro tipo de consideraciones. Esto es muy problemático, pues tal como recuerda Mary Ann Glendon, si algo necesita una auténtica democracia son procesos de deliberación libres y razonados: sin ellos se debilita una empresa colectiva que, en gran parte, depende de la calidad y continuidad de la reflexión¹³.

Algo análogo sucede con la consideración puramente individual de la libertad: ella tiende a renunciar a la política, que necesariamente guarda relación con las cosas comunes, con aquello que nos afecta a todos. En rigor, no parece posible dar cuenta de la política en forma adecuada a partir de categorías que acentúan los deseos y aspiraciones del individuo de manera irrestricta, sin referencia a bienes ulteriores. La democracia ha tendido crecientemente a ensimismar y desvincular a los seres humanos, haciéndoles perder el sentido de alteridad¹⁴. Mientras la sociedad del Antiguo Régimen tendía a vincular a sus miembros en un todo —el “orden de la corporeidad” en los términos de Lefort, donde cada comunidad política es en cierta manera un cuerpo¹⁵—, la revolución democrática apuntó a disolver los grupos humanos, con el objetivo de garantizar la independencia y los derechos de los individuos. Sin duda es materia de discusión la forma en que esa tarea surgió y fue llevada adelante¹⁶; pero, como explica Mahoney, cada vez resulta más claro que el hombre moderno parece haber exagerado (¿malentendido?)

12 Mansuy, Daniel, “¿Un cambio de civilización?”, en Mauro Basaure y Manfred Svensson (eds.) *Matrimonio en conflicto* (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2015), 100-101.

13 Glendon, Mary Ann, *Rights Talk. The Impoverishment of Political Discourse* (Nueva York: The Free Press, 1991).

14 Manent, *Curso de filosofía política*, 144.

15 Lefort, Claude, “La imagen del cuerpo y el totalitarismo”, *Vuelta*, vol. 7, n. 76 (1983) 14-19.

16 Ropke, Wilhelm, *La crisis social de nuestro tiempo* (Madrid: El Buey Mudo, 2010), cap. I.

estos propósitos, en la medida en que aspira a una libertad “perfecta”.

Por supuesto, Mahoney no niega la importancia de los derechos ni la necesidad de una esfera de autonomía o espontaneidad para que las personas se puedan desenvolver libremente. El punto es que no parece posible resguardar de modo adecuado esas esferas sin atender a la condición política del ser humano y sus implicancias. Por de pronto, los hombres solemos acceder a ciertos bienes humanos, como la amistad, el conocimiento o el trabajo, mediante nuestra participación activa en comunidades y asociaciones de distinta especie, tales como la familia, las instituciones educacionales y las organizaciones laborales, entre muchas otras. Aquí radica, de hecho, el peligro de juzgar toda restricción social como atadura o limitación arbitraria e injustificada. Ello debilita la cohesión social y lleva a entender que “incorporarse” a una comunidad se traduce en una pérdida de los espacios de libertad, en la medida en que obliga a someterse a criterios que están fuera del consentimiento individual.

Desde luego, la diferencia con los antiguos es sustancial. Para Aristóteles, es en la vida política donde el hombre encuentra la verdadera libertad. Como bien señala Constant, mientras la libertad de los antiguos equivalía a la participación en los asuntos comunes —no podía ser libre quien no perteneciera a una comunidad que se autogobernaba—, la libertad de los modernos equivale a estar libre de coacción por parte de terceros¹⁷. Esto último es lo que, según nos dice la opinión dominante, sucedería hoy: cada persona debe poder elegir sus propios fines y respetar (*i.e.* no interferir con) el derecho de los demás a hacer lo mismo, entendiendo que la realización humana es puramente individual, y olvidando cualquier consideración sobre algo así como el bien común. Pero comprendida de esta manera, señala Mahoney, la libertad queda desanclada de los fundamentos morales que la hacen posible y pasa a ser comprendida como pura autonomía. Las movilizaciones sociales de 1968, que el autor trata en el capítulo 5, constituyen a su juicio la consagración de estas pretensiones.

Frente a ello, el autor nos invita a recordar las ideas de una serie de pensadores que reconoce como los grandes exponentes de la tradición que él denomina liberal-conservadora. Estos van desde Tocqueville hasta Aron, de filiación más

17 Constant, Benjamin, “Discurso sobre la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos” (1819).

claramente liberal, pasando por Burke y Solzhenitsyn, usualmente asociados a una actitud más conservadora. Esas ideas apuntan a revitalizar, sin perder nunca de vista el contexto actual —Mahoney dista de ser un reaccionario—, los fundamentos morales presentes en la larga herencia de la civilización occidental. Entre otros, la tradición, el reconocimiento de la autoridad, las enseñanzas de las religiones bíblicas, la incesante búsqueda de la verdad, el respeto por la dignidad humana y el cultivo de la virtud. En esto consiste lo que el autor llama el “arte de la libertad”: en orientarla en su ejercicio, haciendo referencia a los fundamentos que le dan un contenido y un significado.

Quizás la principal nota distintiva de ese contenido es la conexión de la libertad con las restantes dimensiones del ser humano y con el contexto en que el hombre se desenvuelve. Así por ejemplo, Edmund Burke señala que nuestra libertad está siempre fundamentada en un contexto de tradiciones, instituciones, costumbres y valores que le dan forma: “La libertad ‘extrema’ (que es su perfección abstracta, y su verdadera ausencia) no lleva a nada, ya que sabemos que los extremos, en todo lo que tenga relación con nuestros deberes o satisfacciones en la vida, son destructivos tanto para la virtud como para el disfrute de ellos. Asimismo, la libertad debe ser limitada, para ser poseída”¹⁸. Será tarea de los gobernantes descubrir el grado de restricción que se requiere —que no puede fijarse de antemano— de acuerdo a las necesidades de la comunidad, empleando para ello experimentos prudentes y racionales¹⁹. En el mismo sentido, Raymond Aron sostiene que la libertad no puede definirse objetivamente sin atender a las circunstancias concretas, lo que llama los “márgenes de la libertad”²⁰.

En suma, se trata de un libro que explica cómo la libertad en el ámbito democrático excede con mucho la mera ausencia de coacción. Y más aún, cómo esa manera de entender la libertad debilita la democracia y, por ende, atenta contra las aspiraciones del liberalismo político: por más paradójico que suene, una defensa adecuada de la libertad necesita un fundamento fuera de ella. Para

18 Burke, Edmund, “Carta a los Sheriffs de Bristol” (1977), II, 98-99.

19 Ibíd.

20 Mahoney, Daniel, *The Liberal Political Science of Raymond Aron* (Boston: Rowman & Littlefield Publishers, Inc., 1992), cap. 4, 73-89.

Mahoney, la libertad es un principio activo y exigente, pues los hombres libres son ciudadanos con deberes y no meros individuos con derechos. Si no se entiende esto, argumenta el autor, se hacen muy difíciles una participación comprometida con la construcción del espacio público, la deliberación política; la promoción de las asociaciones intermedias que preservan las libertades locales y que median entre la esfera individual y el poder central; y, en último término, dotar de contenido a la democracia. Y es que, tal como mostró con crudeza el siglo XX, el régimen democrático no se sustenta por sí solo, sino que requiere sólidos fundamentos para su buen funcionamiento; fundamentos que, según argumenta Daniel Mahoney son pre o extraliberales y deben hallarse en las fuentes de la tradición civilizatoria occidental. En las páginas siguientes el lector encontrará la articulación y la defensa de esas ideas.

Desde luego, este libro no pretende, en ningún caso, acabar con la reflexión acerca del vínculo entre liberalismo y conservadurismo, y sin duda hay elementos de este análisis que pueden complementarse. Por un lado, en su esfuerzo por articular la tradición liberal-conservadora, la recuperación de figuras intelectuales y políticas tan diversas hace que el texto, por momentos, pierda en coherencia lo que gana en extensión. Por momentos, Mahoney no distingue de modo suficientemente preciso algunos conceptos, como por ejemplo democracia y liberalismo, los que en algunas ocasiones utiliza como términos indiferenciados. Y otro tanto puede decirse de su definición de conservadurismo, tan amplia como la herencia civilizatoria occidental. Con todo, se trata de una valiosísima contribución a la discusión política, por cuanto nos permite comprender de mejor modo nuestra propia situación.

No quisiera dejar de agradecer a algunas personas que hicieron posible esta publicación. En primer lugar, al autor, Daniel Mahoney, y al editor de ISI Books, Jed Donahue, por ayudarnos a que este proyecto se lleve a cabo en Chile. Por supuesto, a todo el equipo del IES, que de alguna forma u otra colaboraron en la publicación del libro, especialmente a Joaquín Castillo, nuestro editor. Y, por último, a quienes me ayudaron con sus ideas y comentarios al prólogo, particularmente a Santiago Ortúzar, Claudio Alvarado, Daniel Mansuy, Eduardo Fuentes y Eduardo Galaz.

PREFACIO

La nueva autodeterminación del hombre solo puede ser salvada de su propia autodestrucción mediante el reconocimiento de sus propios límites, a partir del contexto social tradicional que la sostiene. Tom Paine pudo proclamar el derecho de cada generación de determinar sus propias instituciones, dado que el rango de sus demandas era, de hecho, muy modesto. Aceptó de manera incuestionable la continuidad de la cultura y del orden social como marco de la autodeterminación. Hoy en día las ideas de Tom Paine solo pueden ser salvadas de la autodestrucción mediante una consciente reafirmación de la continuidad de ciertas tradiciones. El ideal de Paine de un progreso gradual ilimitado solo puede ser salvado de la destrucción por el tipo de tradicionalismo pensado por el opositor de Paine, Edmund Burke.

Michael Polanyi, *The Tacit Dimension* (1966)

El científico y filósofo húngaro-británico Michael Polanyi escribió las palabras anteriores en la cúspide de la revolución cultural que transformó, de gran manera, el mundo democrático occidental entre fines de las décadas de 1960 y 1970. El punto culmen de este cambio fue 1968, un año de inmensas convulsiones en Estados Unidos y en el extranjero. En conjunto, los eventos de ese año inauguraron y reforzaron un audaz proyecto político y cultural que buscaba separar la democracia de las fuentes tradicionales de la civilización occidental. Como resultado, la noble aspiración moderna de defender la libertad y dignidad de todos los seres humanos fue crecientemente desconectada de aquellos bienes que la sustentaban y, en consecuencia, le otorgaban profundidad moral y espiritual.

De ahí en adelante, las relaciones humanas fueron comprendidas casi exclusivamente en términos de vínculos contractuales. La democracia fue identificada con el solo imperativo del consentimiento, es decir, de la mera

elección, ajena a cualquier vínculo con la herencia del pasado y con los bienes de nuestra naturaleza. Así, la democracia de la modernidad tardía se ha distanciado crecientemente de aquello que el teórico político francés Philippe Bénétón ha llamado la “memoria común, las referencias compartidas, (y) la conciencia de un destino común”, que son esenciales para la vitalidad y viabilidad de cualquier orden político y social, incluido el liberal. Esta distancia era, por cierto, la aspiración de aquellos que estaban comprometidos con la “deconstrucción” comprensiva de la tradición occidental sobre la libertad. Esta revolución cultural, aunque ha sido significativamente más avanzada en Europa que en los Estados Unidos, ha seguido un largo trayecto con vistas a transformar la comprensión norteamericana de la libertad y del autogobierno democrático. Más aún, como veremos en el curso de este trabajo, la doctrina de la libertad como liberación, encaminada a superar sistemáticamente toda restricción o limitación externa al ejercicio de la autonomía humana, encuentra un poderoso apoyo en algunos de los supuestos básicos de la propia filosofía política moderna.

Los totalitarismos del siglo XX representaron el más pernicioso, voluntarioso y mortífero esfuerzo por superar la civilización cristiana y liberal. El despotismo ideológico de izquierda y derecha dejó, tras su paso, una masiva destrucción física y moral, e hizo de la violencia y la mendacidad su “principio” de existencia, para citar la sugestiva formulación de Montesquieu. Tanto en su forma marxista-leninista como en la nacionalsocialista, el totalitarismo implicó un asalto sistemático a la ley moral, a las tradiciones éticas y espirituales derivadas de las religiones bíblicas, y a la mejor herencia de la Ilustración y del constitucionalismo moderno. El totalitarismo comunista reveló, a todo aquel que tuviera ojos para mirar, la locura de la pretensión humana de divinizarse. Los récords de despotismo desmoralizador y mentira sistemática mostraron que el “progreso” económico y social nunca debe confundirse con una emancipación radical de los límites naturales, de las restricciones morales y de un orden trascendente que está por encima de la voluntad humana. El comunismo fue enfrentado igualmente por conservadores y liberales honestos, quienes sabían que Occidente, en sus disposiciones tradicional y moderna, era digno de lealtad y defensa. Sin embargo, muchos intelectuales

sucumbieron ante la tentación totalitaria —la ilusión de que el comunismo representaba el verdadero “progreso” humano y el movimiento de la “historia”—, o bien dieron su apoyo a un nihilismo suave, que contribuyó a la erosión de los fundamentos morales de la democracia.

En lugar de acoger la llamada de Polanyi en orden a fortalecer la libertad a partir de los fundamentos del orden civilizado, el mundo occidental —primero y sobre todo su clase intelectual— ha girado más y más hacia una idea de “democracia pura”, la cual deja poco espacio para los requisitos históricos, políticos, espirituales y culturales cruciales del orden liberal. Los llamo “los fundamentos conservadores del orden liberal” para destacar que la “reafirmación consciente de la continuidad tradicional” es una exigencia indispensable para sostener la libertad y dignidad de los seres humanos bajo las condiciones que impone la modernidad. La reducción de la libertad a una afirmación vaga y vacía de igualdad y autonomía (individual y colectiva) es inevitablemente destructiva de esos “contenidos de vida”—religión, patriotismo, reflexión filosófica, lazos y vínculos familiares, administración prudente— que enriquecen la existencia humana y le otorgan un significado y un propósito a nuestra libertad.

El consentimiento es un principiopreciado en la esfera política, y una protección necesaria contra la autoridad arbitraria. El “consentimiento de los gobernados” proclamado en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos es una roca sobre la que se fundamenta la libertad democrática. Pero una elección sin impedimentos no puede ser nunca el único criterio para juzgar el pensamiento y la acción de los seres humanos. La libertad entendida como pura autonomía, desconectada de fines y propósitos últimos, socava fatalmente las dialécticas de verdad y libertad, y de libertad y virtud, que definen la verdadera existencia humana. Por tanto, no puede haber libertad sin tradiciones e instituciones de autoridad, ni tampoco sin la necesaria apertura a las demandas que la verdad hace a seres humanos intelectual y moralmente serios. La “cultura del repudio”—el proyecto político y cultural iniciado en los 60 para desligar la libertad de las tradiciones y presupuestos espirituales que la han apoyado históricamente— solo puede culminar en una desmoralización de las almas y, en consecuencia, en la erosión sistemática de la libertad occidental.

En contraste, “la libertad bajo Dios y la ley”, para citar la grandiosamente sugestiva formulación de Tocqueville en la parte final de *El Antiguo Régimen y la Revolución*, destaca con fuerza contra la negación totalitaria del hombre y la noción “posmoderna” de la libertad como pura autonomía o indeterminación. La libertad a la que alude Tocqueville defiende lo mejor de la herencia de Burke —el gran crítico de las abstracciones ideológicas de la Revolución Francesa y defensor de la continuidad de la civilización occidental—, y también de Paine —el algunas veces intemperante defensor de los “derechos del hombre”—, en contra de quienes parecían contentos con una humanidad que avanzaba sonámbula hacia la autodestrucción, a través de un énfasis destemplado en la propia soberanía humana.

Este libro es un ensayo de filosofía política y crítica sociocultural. Pretende articular una reflexión que defienda los ideales liberales-conservadores, sabiendo que el liberalismo tiene enemigos también a la izquierda y no teniendo miedo de reconocer “los fundamentos conservadores del orden liberal”. Como argumenta el cientista político James W. Ceaser en su contribución al simposio de *National Review* de diciembre de 2009 —en el que establece las relaciones entre el conservadurismo y el liberalismo clásico—, tanto el conservadurismo liberal como el liberalismo conservador (la distinción entre ambos se aclarará en el curso de nuestra presentación) deben mirar más allá de la teoría liberal, ya sea en su forma hobbesiana/lockeana o en formas igualitarias académicas contemporáneas, pues esta teoría “nunca desarrolló las herramientas para sostenerse ella misma; siempre ha requerido de algo debajo para sobrevivir”. Como los capítulos de este libro dejarán claro, ese algo incluye la apertura a reivindicaciones “metafísicas” sobre la libertad, la naturaleza humana y la justicia natural; el respeto por el marco político del autogobierno democrático, que es el estado-nación; y el apoyo de “las religiones bíblicas que poseen la fuente más importante de nuestro sistema ético, uno de límites propios y que supone la creencia en algo mayor a la existencia material”. Un robusto liberalismo conservador también rechaza el igualitarismo dogmático y cultiva el respeto por el arte de gobernar, enraizado en la mejor tradición política occidental y estadounidense. “Grandeza de alma” y humildad, primero, y un cierto “orden de las cosas” natural y divino, después,

son pilares gemelos de un orden civilizado y humano que solo a nuestro propio riesgo ignoramos o negamos.

El libro aborda un amplio rango de preguntas relacionadas con la teoría y práctica de la libertad. Empieza y termina con tratamientos de “liberales conservadores” ejemplares: Alexis de Tocqueville (1805-1859) y Raymond Aron (1905-1983). Estos grandes franceses nos alertaron sobre la naturaleza de la aparentemente inexorable “revolución democrática” y de los peligros de la tentación totalitaria, respectivamente. Tocqueville provee un modelo inimitable del pensador político y hombre de Estado, particularmente sensible a los costos y beneficios espirituales de un orden democrático. Refleja profundamente el arte político necesario para sostener la libertad y dignidad humanas en una era democrática que implacablemente democratiza. Por su parte, Aron, en su lucha contra el totalitarismo, concluye que una vigorosa defensa de la libertad occidental demanda la renovación de un “conservadurismo democrático” humano, y también de aquellas virtudes y valores —coraje cívico, juicio prudente, amor a la verdad— que son negados igualmente por el totalitarismo y el nihilismo suave.

Este libro, además, examina el arte de gobernar en una era democrática, la “influencia mutua” de la religión y la libertad democrática entre sí, las locuras de la “democracia pura” y la cultura del repudio, y las razones de la indulgencia de influyentes intelectuales modernos hacia varias manifestaciones de totalitarismo y terror. Aborda preguntas sobre política exterior de una forma que busca evitar tanto la postura pusilánime como el apoyo doctrinario a la expansión democrática en el mundo¹. Intenta confrontar las tendencias auto-

1 El libro trata solo tangencialmente cuestiones de política económica. Un tratamiento adecuado de la materia demanda una investigación distinta y más larga. Basta con decir que la economía de mercado no es autosuficiente y el éxito de sus operaciones depende de ciertas virtudes —autoconfianza, autolimitación, obediencia a la ley, un sentido de juego limpio— que ganaron una fuerza considerable del “capital moral” premoderno de la civilización occidental. Contra ciertos libertarios y liberales clásicos, la economía de mercado no es el producto de un “orden espontáneo” solamente, y de ningún modo puede reducirse a una “ciencia” amoral que puede dispensar de la virtud humana. Los escritos de Wilhelm Röpke, Bertrand de Jouvenel e Irving Kristol son particularmente útiles para destacar los fundamentos morales de la economía libre y para exponer las sutiles pero profundas afinidades que vinculan al individualismo en el plano moral y al colectivismo en el ámbito político y económico. Véase mi tratamiento sobre estos asuntos en el capítulo 5 (“Economics and the

destructoras de la modernidad con un espíritu que es conservador, es decir, ni progresista ni reaccionario. El tono dominante del libro es analítico y reflexivo, no obstante contiene un llamado a una ciudadanía y administración razonadas. Pretende ofrecer una defensa al autogobierno comprendido apropiadamente, en contra de los enemigos totalitarios de la civilización, seculares y religiosos, y en contra de los “amigos inmoderados” de la democracia (en palabras del filósofo político francés Pierre Manent), que paradójicamente la socavan al promover su radicalización ilimitada. En efecto, la democracia tiende a la corrupción cuando su principio —la libertad e igualdad de los seres humanos— se convierte en un dogma irreflexivo que erosiona las tradiciones, las instituciones de autoridad y los presupuestos espirituales que permiten al ser humano llevar adelante vidas libres, civilizadas y decentes.

Con todo, no hay razón para la desesperación. Como ha escrito Philippe Bénétón, “el hombre moderno no es irrevocablemente el último hombre. La historia no ha terminado”. Mi libro pretende contribuir a la revitalización de una tradición de reflexión política y espiritual que permitirá al hombre democrático navegar en las aguas peligrosas de la democracia posmoderna y relativista. Sin embargo, como ha sugerido elocuentemente Ralph Hancock, “ya no existe ninguna alternativa a la exposición a plena luz del día del vacío de la democracia formal pura, indicando claramente la dependencia de la democracia de comprensiones de la dignidad humana que no pueden ser extraídas de su forma pura²”.

Good Life”) de mi libro *Bertrand de Jouvenel: The Conservative Liberal and the Illusions of Modernity* (Wilmington, DE: ISI Books, 2005).

2 Bénétón, Philippe, *Equality by Default: An Essay on Modernity as Confinement*, traducido y prologado por Ralph C. Hancock (Wilmington, DE: ISI Books, 2004). Debido a que este libro pretende ser un ensayo accesible a un público amplio, he optado por un aparato crítico mínimo. No obstante, al final del libro, encontrará “lecturas sugeridas” para cada capítulo que refieren a los autores y libros principales bajo discusión y proveen una guía para profundizar en dichos temas.